

## San Agustín. La Navidad

### RESUMEN

En el artículo tratamos de probar cómo San Agustín presenta una teología de la Navidad muy creativa. El obispo de Hipona se maravilla ante la encarnación del Hijo de Dios, *exemplum* insuperable para los cristianos. El tagastino mira con atención a José, a María, a los pastores, a los magos, a los habitantes de Belén y a Herodes, fijándose en sus rasgos más representativos. Interpreta muchos signos navideños, extrayendo lecciones teológicas y espirituales, que continúan siendo actuales. Establece, además, un admirable paralelismo entre la Navidad y la Pascua, pues las dos poseen puntos teológicos de máxima confluencia. Todo lo anterior nos conduce a contemplar –con ojos agustinianos– los bienes presentes en el recién nacido. Viene de lo alto para posibilitar nuestra salvación.

**PALABRAS CLAVE.** Encarnación, pastores, magos, estrella, María, José, *exemplum* y sol.

### ABSTRACT

In the article we try to prove how Saint Augustine presents a very creative Christmas theology. The Bishop of Hippo marvels at the incarnation of the Son of God, an insurmountable exemplum for Christians. The Tagastian looks carefully at Joseph, Mary, the shepherds, the magi, the inhabitants of Bethlehem and Herod, paying attention to their most representative features. He interprets many Christmas signs, drawing theological and spiritual lessons, which continue to be current. It also establishes an admirable parallel between Christmas and Easter, since the two have theological points of maximum convergence. All of the above leads us to contemplate –with Augustinian eyes– the goods present in the newborn. He comes from on high to enable our salvation.

**KEY WORDS.** Encarnation, shepherds, magi, star, Mary, Joseph, *exemplum* and sun.

## 1. LA NAVIDAD Y EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN

«¡Despierta, hombre; por ti Dios se hizo hombre!» (ser. 185,1). Agustín nos invita despertar y a celebrar la Navidad<sup>1</sup>, lo cual significa celebrar la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad. Agustín había escrito el *De Trinitate*, y lo que celebra en la basílica de Hipona, junto a sus fieles, es la llegada al mundo –en carne– de la segunda persona trinitaria, que vehicula la mediación entre Dios y los hombres. Llama al nacimiento de Cristo “el sacramento de la encarnación” (ser. 341,3). Algunas filo-

---

<sup>1</sup> Anotamos aquí las referencias de algunos estudios sobre el Misterio de la Navidad en la reflexión teológica de Agustín y en el costumbrismo celebrativo de los siglos IV y V. Son, entre otras: Benoît XVI, *Dieu se cache sous les traits d'un enfant*, Paris: Éd. Parole et Silence, 2008; Benoît XVI, *L'enfance de Jésus*, Paris: Éd. Flammarion, 2012; BOTTE, B., *Les origines de la fête de Noël et de l'Épiphanie*. Louvain: Étude historique, 1932; BOVON, F., *L'Évangile selon saint Luc 1, 1-9, 50*, Genève: Éd. Labor et Fides, 2007; BROWN, R. E., *Lire l'Évangile au temps de l'Avent et de Noël*, Paris: Éd du Cerf, 2008; DROBNER, H. R., “Christmas in Hippo: mystical celebration and catechesis”, *Augustinian Studies* 35/1 (2004): 55-72; DROBNER, Hubertus R. “Navidad en Hipona: celebración mística y catequesis”. *Augustinus* 55 (2010): 31-49; DROBNER, H. R., “The chronology of Augustine's ‘Sermones ad populum III’: on Christmas Day”, *Augustinian Studies* 35/1 (2004): 43-53; DUNN, G. D., “The functions of Mary in the Christmas homilies of Augustine of Hippo”, *Studia Patristica* 44 (2010): 433-446; FITZMYER, J., “Augustine”, *The Gospel according to Luke*, New York: Ed. Yale University Press, 1981; GAILLARD, J. “Noël, «memoria» au mystère?”, *La Maison-Dieu* 59 (1959): 37-49; GARCÍA ÁLVAREZ, J., “El misterio de la Navidad en los Sermones de San Agustín”, *Revista Agustiniana* 55/168 (2014): 541-560; GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile. Les Mystères de Noël dans la vie et la pensée de saint Augustin*. Le Coudray-Macouard: Saint-Léger Éditions, 2017; HOMBERT, P. M., *La prédication sur le Verbe incarné dans les sermons d'Augustin pour Noël et l'Ascension. Rhétorique et théologie: Ministerium Sermonis (II)*. Tournhout: Brepols, 2012; HUDON, G., “Le mystère de Noël dans le temps de l'Église d'après saint Augustin”, *La Maison-Dieu* 59 (1959): 60-84; LAURENTIN, R., *Les Évangiles de l'enfance du Christ. Vérité de Noël au-delà des mythes: exégèse et sémiotique, historicité et théologie*, Paris: Desclée et Desclée de Brouwer, 1982; LUSTIGER, J. M., *Petites paroles de la nuit de Noël*, Paris: Fallois, 1992; MACPHERSON, D., “The ‘spirit of Christmas past’: Saint Augustine preaching at Christmas”, *The Pastoral Review* 3/6 (2007): 53-58; PERROT, C., *Les récits de l'enfance de Jésus. Cahiers Évangile*, Paris: Éd. du Cerf, 2004; PONS PONS, G., “El solsticio de invierno y la Fiesta de Navidad en los Sermones de San Agustín”, *Revista Agustiniana* 49/150 (2008): 915-925; RATZINGER, J., *La Grâce de Noël*, Paris: Parole et Silence, 2007; ROUILLARD, Ph., “Les sermons de Noël de saint Augustin”, *La vie spirituelle* 101 (1959): 479-492; TURNER, P., “Sharing Divinity: A look at the Christmas collect at the Mass during the Day”, *The Priest Magazine* 75/12 (2019): 40-44.

sofías clásicas negaban de plano el acercamiento de Dios al hombre, aunque Agustín advierte lúcidamente que los cristianos creemos lo contrario.

A excepción de la ep. 137 a Volusiano, Agustín no escribe ningún tratado especial sobre la encarnación redentora de Jesús. La encarnación del Hijo de Dios es el acontecimiento de mayor resonancia en la historia del hombre (V. Capánaga). Debido a su sublimidad, «desde el comienzo de los tiempos, el misterio de la encarnación no ha cesado de ser prefigurado y anunciado» (cat.rud. 28). Es vaticinado por los profetas en la quinta edad, y es predicado por el evangelio en la sexta (c.Faust. 12,14). El misterio de la encarnación queda enmarcado en el ámbito de los misterios inefables e inescrutables (cf. ser. 215,4), que nadie puede explicar con palabras adecuadas (cf. ench. 34). No obstante, lo que no puede decirse dignamente, sí puede creerse fielmente (cf. ser. 215,3). Cristo se encarna para despertarnos (cf. ser. 189,2) de modo que participemos de su condición divina (enar.psal. 121,5).

Agustín –al disertar sobre la encarnación<sup>2</sup>– habla de dos naturalezas (dualidad), sin que se confundan (cf. ser. 186,1), en una misma y única persona (unicidad). La persona cristológica es el sujeto de atribución. Nos hallamos en el terreno teológico de la unión hipostática. La unidad de persona posibilita que el Hijo de Dios sea también el Hijo del hombre, y viceversa (cf. Io.ev.tr. 19,15; ep. 137,3,9)<sup>3</sup>. El elemento que sirve al hijo de Santa Mónica para tratar de explicar dicho misterio crístico es la analogía del cuerpo y del alma en el ser humano; de la unión de ambos aparece el resultado de una persona en el hombre, así como de la unión del Verbo con la naturaleza humana –Dios se une con un hombre– resulta una persona en Cristo (cf. ep. 137,3,11). Una sola persona en la unión de alma y cuerpo, y una sola persona –también– en la unión del Verbo con el hombre. No crece el número de personas en la Trinidad, pues Cristo es la segunda y una sola-única persona<sup>4</sup>.

---

<sup>2</sup> El asunto de la encarnación –según la visión de Agustín– está bien estudiado en Étienne Gilson, *Philosophie et Incarnation selon saint Augustin*, Ed. Institut d'Études Médiévales, Monreal 1947.

<sup>3</sup> Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, Ed. BAC/649, Madrid 2004, 161-162.

<sup>4</sup> Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, 162-164.

Agustín se asombra de la humildad de Dios (conf. 7,21,27). Es el amor el que hace a Dios humilde (virg. 37 y 38). Cristo<sup>5</sup> desciende (cf. enar.psal. 119,2) y es necesario hablar de la *kenosis* del Hijo, asociándola al movimiento de la *teleiosis* y conectándola con la carne, pues “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). El Hijo se hace partícipe de nuestra humanidad (enar.psal. 121,5). La humildad de Dios –concretada en la encarnación del Hijo– es la que, precisamente, provoca y activa la conversión del hiponense. Le conduce y nos conduce a la sabiduría y a la salvación. Dios se nos acerca desde lo alto, deja su cielo y su gloria y se aproxima a nosotros. Posibilita el que podamos renacer en él (cf. ser. 189,3). Agustín nos invita a ir detrás de Él: «Teniéndole a él por guía, no nos extraviarnos: vamos por él, no perecemos» (ser. 189,4).

Cristo se abaja y nos saca de la *regio dissimilitudinis* (conf. 7,10,16) en la que estábamos enfangados, enfermos y empecatados. El Verbo trae la misericordia divina a nuestra miseria (lib.arb. 3,10,29-30) y se ha hecho carne (cf. Jn 1,14) por nuestro bien. Nuestras palabras –a pesar de los intentos– son insuficientes para hablar de la humildad de Cristo (Io.ev.tr. 3,15). Él, siendo pequeñito, es el doctor que aún no habla (cf. ser. 188,3).

Cristo es Maestro de humildad (Io.ev.tr. 25,16) y Doctor de humildad (c.Faust. 22,48). Él es el Dios humilde que nos trae el regalo de la humildad para curar nuestra enfermedad, la soberbia, origen de todas las enfermedades y pecados. Y así como la soberbia hace ciertamente su voluntad, la humildad –por el contrario– hace la voluntad de Dios (cf. Io.ev.tr. 25,16).

En la Navidad, Dios viene a buscarnos. Agustín no deja de decirnos que “nos buscó antes que lo buscáramos” y que Dios “nos buscó para que lo busquemos” (enar.psal. 127, 8; conf. 11, 2, 4). Dios nos llama antes de que nosotros le llamemos (conf. 13, 1, 1). Serena nuestra inquietud cuando descansamos en Él (cf. conf. 1,1,1). La llamada de

---

<sup>5</sup> El nombre de Cristo no aparece en el *Hortensius* de Cicerón (conf. 3,4,8). El nombre de Jesús no estaba en los maniqueos, y los abandona. No acaba de fiarse de los académicos, por no tener el nombre de Cristo (conf. 5,14,25). Tampoco los platónicos acaban de satisfacerle del todo, no obstante tener en su cima axiológica la idea de Bien.

Dios se siente de “múltiples formas” a lo largo y ancho de toda nuestra existencia humana (conf. 13,1,1).

En la encarnación aparece el hombre verdadero y el Dios verdadero, en unidad de sujeto cristológico: «Hombre verdadero, Dios verdadero, Dios y hombre Cristo todo; ésta es la fe católica. Quien niega al Dios Cristo es fotiniano; quien niega al hombre Cristo es maniqueo. Quien confiesa a Cristo Dios igual al Padre y hombre verdadero es católico» (ser. 92,3). Agustín –por lo demás– constata una doble concepción del Verbo (ser. 215,4) y dos natividades del Señor (ser. 190,2).

Francisco Moriones advierte el aserto agustiniano según el cual Cristo, en la encarnación, asumió lo que no era sin perder lo que era<sup>6</sup>. Él es el Hijo del hombre (Mt 8,20 y 9,6). Se inspira Agustín en Juan, confirmando que “carne” es sinónimo de “hombre”, superando el planteamiento de Apolinar de Laodicea (para el que Cristo no posee alma racional (mente, inteligencia y razón, según el ser. 237,4), que es aquella por la que el hombre se distingue de los animales según el espíritu [div.quaest. 83,80,1]). El águila de Hipona evita el docetismo (que infravaloraba la corporeidad crística, reduciéndola a fantasma). En Cristo hay carne, huesos y cicatrices (ser. 75,8). No hablamos del Verbo en la carne, sino del Verbo hecho carne. Cristo asume lo que no era. Se hace hombre permaneciendo Dios, y no es Dios uno y hombre el otro (cf. ser. 187,4). Unicidad de persona (ench. 35; ep.140,14) y dualidad de naturalezas, sosteniendo nítidamente la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo divino. En la encarnación se hizo hombre quien hizo al hombre (ser. 213,3).

En el sermón 189,4 Agustín profundiza en la encarnación, haciendo un juego de palabras:

«El nacimiento de Cristo del Padre fue sin madre; su nacimiento de madre fue sin padre; ambos asombrosos. El primero fue eterno, el segundo en el tiempo [...]. El que era Dios se hizo hombre. Estrecho era el establo; envuelto en pañales, fue colocado en un pesebre. Lo escuchasteis cuando se leyó el evangelio. ¿Quién hay que no se admire? El

---

<sup>6</sup> Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, 156-161.

que llenaba el mundo no encontraba lugar en el establo; puesto en el pesebre, se convirtió en vianda para nosotros. Acérquense al pesebre dos animales, es decir, dos pueblos, pues el buey reconoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor<sup>7</sup>. Fíjate en el pesebre; no te avergüences de ser jumento para el Señor. Llevarás a Cristo, no te extraviarás cuando vayas por el camino: sobre ti va sentado el camino. ¿Os acordáis de aquel asno ofrecido al Señor? Nadie sienta vergüenza: aquel asno somos nosotros. Vaya sentado sobre nosotros el Señor y llámenos para llevarle a donde él quiera. Somos su montura, vamos a Jerusalén. Cuando él va sentado, no nos aplasta, nos levanta; teniéndole a él por guía, no nos extraviarnos: vamos por él, no perecemos».

La encarnación –por supuesto– no tiene nada que ver con el mérito o la justicia. No es más que gracia. Esta dinámica aplicada a nosotros nos exhorta a reconocer nuestros límites, a pedir ayuda, y a no confiar sólo en nuestras propias capacidades<sup>7</sup>.

El Cristo agustiniano –junto a todo lo dicho– asumió todo lo que salvó. Quien creó todo lo redimió todo. El Verbo ha tomado todo y ha liberado todo (cf. ser. 237,4). No perdió su divinidad al hacerse partícipe de nuestra debilidad (cf. civ.Dei 21,15). Agustín se posiciona, claramente, más allá de Arrio, de Eunomio, de Nestorio, del adopcionismo y del maniqueísmo, brindando un planteamiento encarnacionista alineado con la más rigurosa ortodoxia católica<sup>8</sup>.

## 2. LOS PASTORES, LOS MAGOS Y LA ESTRELLA

La Navidad que celebramos todos los años –y que Agustín lógicamente también celebró–, aconteció realmente una vez en la historia. Fue un hecho rigurosamente histórico. Aconteció en un espacio y en un tiempo concretos, conocidos a estas alturas por todos nosotros. La

---

<sup>7</sup> Cf. NEER, J. van, and DUPONT, A., “Celebrating the Day of Christ’s Birth: The Rhetorical Structure and Doctrinal Content of Augustine’s Nativity Sermons”: DEBATTISTA, A P.; FARRUGIA, J., and SCERRI, H., *Non laborat qui amat. A Festschrift in honour of Professor Salvino Caruana O.S.A. on his 70th birthday*, Ed. Maltese Augustinian Province, Valletta 2020, 105-132.

<sup>8</sup> Cf. MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, 159-161.

ciudad de Belén brilla con luz propia en la narración de la Natividad del Señor. Belén / *Bethlehem* (“casa del pan”) acoge la llegada del Hijo de Dios a este mundo. El que nos ofrecerá el pan consagrado, que es su propio cuerpo y Él mismo, nace en la casa del pan. Belén es el lugar lejano y perdido, que no aparece en muchos mapas de la época. Es el lugar escogido por Dios para nacer. Es el símbolo de lo pequeño, de lo que no cuenta a los ojos de muchos, de lo pobre y de lo humilde. Jesús no nace en Jerusalén, la ciudad de los oropeles religiosos y del renombre. Nace en Belén, que es la más pequeña de las ciudades de Judá (Mi 5,1). ¿Y quién se acerca hasta el portal de Belén, para adorar al Niño Dios?<sup>9</sup> Los pastores y los magos, que guiados por la estrella hallan aquí su propio lugar. Agustín nos habla de ellos.

–**Los pastores.** En el anuncio del nacimiento de Jesús a los pastores, se nos describe la aparición de un ángel envuelto en resplandores de luz divina: la gloria del Señor les envuelve en su luz (cf. Lc 2,9). En la soledad de la noche y en la tranquilidad de lo cotidiano son capaces de captar los signos de Dios; están lejos de la multitud y del ruido y por eso están habilitados para hallar al Señor en la serenidad de la noche. Nos sugieren hallar a Dios en el silencio y en nuestro interior (cf. ser. 52,22). «Dios se deja ver cuando nuestra atención ha conseguido una cierta soledad. El gentío hace ruido, y esta visión exige silencio» (Io.ev.tr. 17,11).

A los pastores viene a salvarlos el gran Pastor del mundo. Son personajes entrañables del misterio de la Navidad. Viven en los campos, duermen al raso y velan por turno durante la noche el rebaño (Lc 2,8). Nos enseñan a ser vigilantes (cf. Rm 13,11-12), a estar recogidos y a permanecer atentos al paso de Dios en el silencio de la noche. Nos enseñan a velar, algo a lo que nos invita también Agustín: «Vela con el corazón, con la fe, con la esperanza, con la caridad, con las obras» (ser. 93,17).

Los pastores están mal vistos en Israel, porque viven generalmente al margen de la comunidad judía. Llevan el signo de la pequeñez,

---

<sup>9</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile. Les Mystères de Noël dans la vie et la pensée de saint Augustin*, Saint-Léger Éditions, Le Coudray-Macouard 2017, 90-99; 100-109; 133-154.

de la pobreza y del desprecio. Van de un lado a otro con sus rebaños, con el deseo de hallar nuevos campos y alimentar a sus ovejas. Son juzgados implacablemente como ladrones y pecadores. El mensajero-ángel de Dios se les presenta y les dice que no teman; les anuncia una gran alegría, que lo será para todo el pueblo. En la ciudad de David les ha nacido hoy un salvador, que es el Cristo Señor. La señal para identificarlo bien es que encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre (cf. Lc 2,8-12). Un ejército celestial intensifica la alegría y el gozo del ambiente, cuando alaba a Dios con el canto del gloria (cf. Lc 2,14). Los pastores confían en Dios, en el ángel, y van a prisa a Belén para ver lo sucedido.

Nos enseñan que, como ellos, cada uno de nosotros ha de confiar en Dios, ponerse en camino e ir hacia Belén para ver lo sucedido (cf. Lc 2,15). Agustín sabe que hacia Jesús nosotros no vamos con los pies; nuestros pies son nuestros afectos, y dependiendo de la dirección de nuestro corazón, de nuestro amor, entonces nos acercamos a Dios o nos alejamos de Él (cf. enar.psal. 94,2). Los pastores se encuentran en Belén con el que ha nacido; ellos y nosotros estamos llamados a renacer gracias a Él (cf. ser. 189,3). Los pastores han atravesado las dificultades de la noche y han ido presurosos hasta el portal. Se encuentran con la luz admirable del día, la misma luz que nos invita a hacernos como niños, para entrar en el Reino (cf. Mt 18,3).

El que es Dios está en un establo estrecho. Es un niño que revela a Dios. Llena el mundo y para Él no hay lugar en la posada. En el pesebre está colocado nuestro pan celestial. Agustín advierte también que los dos pueblos están llamados a acercarse a este pesebre, como animales misteriosos (cf. ser. 189,4).

Los pastores, arrodillados ante el portal de Belén, tienen delante de ellos al Día del Día (cf. sal 95,1-2), a la Palabra de Dios, al Día que ilumina a los ángeles y que resplandece en nuestro destierro. Ha sido vestido de carne y ha nacido de la Virgen María (cf. ser. 189,1).

El *Emmanuel* está acostado en un pesebre, que es el altar donde recibimos el pan de la vida. Los pastores y nosotros hemos de recibir en el corazón este pan supersustancial que renueva nuestras almas. En el ser. 225,3, el tagastino se sorprende porque «para permitir al hombre



comer el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre». En Belén, la casa del pan, hallamos el pan de la vida eterna.

Cristo –al tiempo que está en el portal de Belén– también está dentro de nosotros. La Navidad es el tiempo para superar todo lo que está fuera, lo externo, aunque sea bueno (cf. ser. 311,13). Es tiempo también para volver al corazón (cf. Io.ev.tr. 18,10), para tener una mirada atenta y contemplativa, para escuchar con el alma tranquila, en orden a entender mejor (cf. ser. 52,22). La interioridad que nos devuelve al corazón nos conecta con Dios.

Junto a los pastores y a Agustín, vamos a Belén. Allí hallamos al Camino, a la Verdad y a la Vida que nos da acceso a Dios. Se nos exige para ello un corazón humilde y puro, que Dios ha de crear en nosotros (cf. sal 50,12). Nuestros afectos bien ordenados nos llevan hasta el Niño de Belén. Vamos a Él no caminando, sino amando. Lo tendremos tanto más presente cuanto más puro sea el amor que nos orienta a Él (cf. ep. 155,13). Lo hallaremos dentro del corazón, porque Él inhabita en nosotros... Evitemos la dispersión y volvamos al interior; volvamos al corazón, donde habita la Verdad (cf. vera rel. 39,72) que se identifica con Cristo. Sólo a Él hemos de adorarle, sin ser atrapados por la vanidad, el orgullo o la avaricia.

El Niño de Belén nos enseña a darnos y a entregarnos a los demás, y por su luz vemos la luz, según nos señala el sal. 36,9. Los pastores son buscadores de Dios (*quaerere Deum*); se saben necesitados y son pobres de corazón. Dejan sus ovejas y van a buscar al Señor, así como nosotros hemos de dejar “el rebaño” de nuestras preocupaciones, ideas particulares, terquedades, deseos privados... e ir en busca de Dios. Cuando los pastores están frente al Niño de Belén, el Verbo encarnado, aceptan acogerlo. Es preciso hacerle espacio a Cristo (cf. enar.psal. 131,6). Los pastores poseen un corazón de pobre y unas manos vacías para recibirlo y para dejar que Él los haga hijos de Dios (cf. ser 184,3). Ha de haber un sitio amplio en nuestro corazón, como lo hubo en el corazón de los pastores. Hemos de vaciar nuestras manos para poder recibir lo que se nos ofrece: vaciarnos confiadamente para llenarnos de lo que nos da Jesús (cf. ser. 125,7).

–**Los magos.** Son estudiosos que conocen el curso de las estrellas y las leyes de la naturaleza. Con toda su ciencia, conservan el alma de

los niños. No se cierran en sí mismos y saben ponerse en camino para ir a tierras lejanas a los pies de Jesús, el Rey tan pequeño y tan grande cuyo nacimiento había sido anunciado en las Sagradas Escrituras. Se preguntan: «¿Dónde está el Rey de los judíos recién nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo» (Mt 2,2).

Los magos no son de Israel. Antes adoraban ídolos o dioses de las gentes, esto es, demonios, cuya falaz potencia los embaucaba. Vieron la inusual estrella, se extrañaron y preguntaron por el signo tan nuevo e insólito que vieron. Seguramente oyeron a los ángeles mediante algún aviso de revelación. También los ángeles pudieron decirles que la estrella que habían visto era de Cristo; que fueran y lo adorasen donde había nacido. Ellos le ofrecen lo que suelen ofrecer a sus dioses, que es oro, incienso y mirra. Dios, no los demonios, hizo los inciensos. Dios hizo la mirra, y Dios hizo el oro. Cristo, como Dios, aceptó incienso. Aceptó oro como rey. Y aceptó mirra para la sepultura, como quién había de morir. Estos –nos comenta Agustín– fueron signos, más bien que regalos. Actualmente no vamos con incienso a Cristo, desde que Él instituyó otro sacrificio, cuyas sombras eran todos los sacrificios pretéritos (cf. ser.Dolb. 23, 13-19).

Los magos son sabios y no son soberbios como algunos filósofos, que se perdieron en sus razonamientos:

«Hubo algunos filósofos que [...] aunque habían conocido a Dios, no le glorificaron ni dieron gracias como a Dios, sino que se desvanecieron en sus proyectos y su insensato corazón se oscureció. ¿Por qué se oscureció? Sigue y dice con toda claridad: Pues, aunque decían que ellos eran sabios, fueron hechos estultos. Vieron a dónde había que llegar. Pero, ingratos hacia quien les dio lo que vieron, quisieron atribuirse lo que vieron y, hechos soberbios, perdieron lo que veían y, consiguientemente, se volvieron a los ídolos e imágenes y a los cultos de los demonios; a adorar a la criatura y despreciar al Creador. Estrellados ya, hicieron éstos esto; pero para estrellarse se ensoberbecieron; ahora bien, por haberse ensoberbecido dijeron que ellos eran sabios»<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> SAN AGUSTÍN, *Io.ev.tr.* 2,4.

Los magos son humildes y se encuentran con el humilde por antonomasia. Su humildad se une misteriosamente a su majestad (cf. Io.ev.tr. 3,15).

Los magos nos enseñan a confiar y a dejarnos guiar por la fe, manteniendo el deseo de ver la realidad (cf. ser. 199,1). Siendo sabios son pobres de corazón. Confían en Dios, que es más sabio que ellos. En la debilidad del niño aprenden y encuentran la deidad oculta, y en la pobreza del niño hallan la riqueza infinita: su pobreza nos hace ricos, su debilidad nos hace fuertes, su locura sabios, y su naturaleza mortal inmortales. Reciben al pobre y no permanecen en su pobreza (cf. enar.psal. 40,1). Los magos encuentran al que ha venido humilde para enseñar la humildad, como maestro de humildad. Van a Él y se vuelven humildes, para no hacer su voluntad sino la de Dios (cf. Io.ev. tr. 25,16); de hecho, tal y como la voluntad divina les pide, regresan a su tierra por otro camino, evitando al loco de Herodes.

Los magos –ya lo hemos visto– son dinámicos y se ponen en camino<sup>11</sup>. La estrella que han visto en Oriente va delante de ellos, hasta que llega y se detiene encima del lugar donde está el Niño. Al ver la estrella se llenan de inmensa alegría (cf. Mt 2,9b-10). Encuentran algo más grande que todo lo que buscan: se trata del mismísimo Dios, el creador del cielo, de la tierra y de las estrellas.

Los magos de Oriente –representantes de la Iglesia surgida de la gentilidad– son los que han llegado de lejos, se han acercado al Mesías y han sido iluminados sin que sus rostros sientan la confusión (cf. sal 33,6).

Agustín deja claro que lo que ven los magos es una estrella inusual. Mediante alguna revelación se les indica que inusualmente ha nacido un rey al que incluso los alienígenas habrían de adorar. Ha nacido la Palabra sin habla, y en la pobreza de la carne se halla la majestad de la fuerza. Ha nacido el médico y el medicamento; médico por ser Palabra y medicamento por ser Palabra hecha carne (cf. ser. Dolb. 23,13 y 23).

---

<sup>11</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile*, 152 y 153.

El encuentro con Jesús transforma a los magos. Cuando regresan a su país van por otro camino, el que Dios les indica. Comenta Agustín que quien mudó entonces el camino de los magos, ése muda también ahora la vida de los malos (cf. ser. Dolb. 23,23). Los magos vuelven a su tierra, pero no como vinieron, ya que no son los mismos. No podemos encontrarnos con Dios y quedarnos como si nada hubiera pasado en nuestra vida. Dios transforma admirablemente a quien lo encuentra. Los magos vuelven por un camino nuevo, y nos invitan a nosotros a hacer lo mismo. Hemos de proclamar su gloria, sin volver por el mismo camino por el que fuimos (cf. ser. 202,4)<sup>12</sup>. Vayamos también nosotros a adorar a Jesús, no caminando sino amando (ep. 155,13).

–**La estrella.** Escribe Agustín:

«La misma estrella llevó a los magos al lugar preciso en que se hallaba, niño sin habla, el Dios Palabra. Avergüéncese ya la necedad sacrílega y –valga la expresión– cierta indocta doctrina que juzga que Cristo nació bajo el influjo de los astros, porque está escrito en el evangelio que, cuando él nació, los magos vieron en oriente su estrella<sup>7</sup>. Cosa que no sería cierta ni siquiera en el caso de que los hombres naciesen bajo tal influjo, puesto que ellos no nacen, como el Hijo de Dios, por propia voluntad, sino según la condición propia de la naturaleza mortal [...]. Por tanto, no fue ella la que de forma maravillosa hizo que Cristo viviera, sino que fue Cristo quien la hizo a ella aparecer de forma extraordinaria. Tampoco fue ella la que decretó las acciones maravillosas de Cristo, sino que Cristo la mostró como otra entre sus obras maravillosas. Al nacer de una madre, mostró a la tierra un nuevo astro del cielo, él que, nacido del Padre, hizo el cielo y la tierra. Cuando él nació, apareció con la estrella una luz nueva; cuando él murió, se ocultó con el sol la luz antigua. Cuando él nació los moradores del cielo brillaron con nueva dignidad; cuando él murió, los habitantes del infierno se estremecieron con nuevo temor»<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile*, 153 y 154.

<sup>13</sup> SAN AGUSTÍN, ser. 199,3.

Dios habló mediante la estrella de los magos, la cual los llevó a adorar a Cristo recién nacido<sup>14</sup>. No son las estrellas malas las causantes de los pecados de los hombres, ya que quien puso las estrellas en el cielo es el Creador de todas las cosas<sup>15</sup>. La estrella que siguieron los magos para ir al encuentro del Mesías simboliza el acabamiento de las elucubraciones adivinatorias de aquellos que adoran los astros; es la estrella que confunde los vanos cálculos y las adivinanzas de los astrólogos<sup>16</sup>.

Dios también pone en nuestro camino “estrellas”, por lo que no están ausentes en nuestro firmamento personal. Hemos de tener los ojos abiertos y sanos para poder ver las “estrellas” que Dios nos envía. ¿Y qué significado esconden las “estrellas” para nosotros? Nos enseñan que hemos de movernos, buscar y discernir, aunque nos toque ir a tierras extrañas para encontrar a Jesús.

Cristo –por lo demás– no está atado al hado de las estrellas cuando nace. No está condicionado por ellas, sino que más bien ocurre lo contrario:

«Cristo se manifiesta más bien como señor que como sometido a dicha ley, pues la estrella no mantuvo en el cielo su ruta sideral, sino que mostró el camino hasta el lugar en que había nacido Cristo a los hombres que lo buscaban. Por tanto, no fue ella la que de forma maravillosa hizo que Cristo viviera, sino que fue Cristo quien la hizo a ella aparecer de forma extraordinaria. Tampoco fue ella la que decretó las acciones maravillosas de Cristo, sino que Cristo la mostró como otra entre sus obras maravillosas»<sup>17</sup>.

### 3. LA NAVIDAD Y EL *EXEMPLUM*

En la Navidad nace el modelo, el paradigma y el ejemplo que todos hemos de seguir si queremos vivir en este mundo adecuando

---

<sup>14</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 12,4.

<sup>15</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 1,4.

<sup>16</sup> Cf. San Agustín, *ser.* 201,1.

<sup>17</sup> San Agustín, *ser.* 199,2,3.

nuestra existencia a la voluntad de Dios. Estamos llamados a imitar y a seguir al *Exemplum*<sup>18</sup>. Mirar al Niño en el pesebre, y verlo crecer y madurar a lo largo de su vida, supone fijar los ojos en aquel con el que tenemos que configurar nuestros pensamientos y nuestros sentimientos. Hay que imitarlo y seguirlo.

Agustín departirá en varias ocasiones sobre el que es (ha de ser) nuestro ejemplo vital de humildad. En este sentido, advierte que es el amor el que hace a Dios humilde (virg. 37,38), ansiando nuestra elevación (cf. conf. 7,18,24). La humildad pertenece al ser mismo de Dios. Agustín no duda en hablar de ella (cf. Io.ev.tr. 4, 1; 25, 16; 55, 7). Insiste especialmente en la humildad de Dios en relación con el misterio de la encarnación. Toda la vida de Cristo –nuestro *Exemplum*– manifiesta esta humildad de Dios. Cristo sufre a lo largo de su vida todas las flaquezas de la condición humana: tiene hambre, tiene sed, conoce el cansancio, llega a morir en la cruz... La cruz –en opinión del hiponense– es el «bosque de la humildad» (ser. 70A, 2).

«Es poca humildad, para nuestro Señor, nacer para nosotros: además, se dignó morir por los mortales. Se humilló, de hecho, haciéndose obediente hasta la muerte y la muerte de cruz» (f. et symb. 5, 11). El nombre de este Señor, del Cristo, lo bebió Agustín con la leche de su madre (conf. 3,4,8). Aquí está su Camino, su Verdad y su Vida (Io. ev.tr. 13,4); aquí encuentra Agustín el *Exemplum* al que seguir.

En Cristo se posibilita el acceso a Dios que no era posible antes (enar.psal. 134,5; ser. 81,6; enar.psal. 95,7). Al hacerse hombre, Cristo nos permite el acceso a la Verdad misma (civ.Dei 11,2). En cuanto a la Verdad en el marco navideño, nos ilustra el eterno buscador de la misma:

«La Verdad que mora en el seno del Padre ha brotado de la tierra para estar también en el seno de una madre. La Verdad que contiene al mundo ha brotado de la tierra para que la lleven manos de mujer. La Verdad que alimenta de forma incorruptible la bienaventuranza de

---

<sup>18</sup> Muy ilustrativas, al respecto, las páginas de GEERLINGS, W., “Christus als exemplum (beispielhaftes Vorbild)”: Volker Henning Drecoll, *Augustin Handbuch*, Mohr Siebeck, Tübingen 2007, 434-437.

los ángeles ha brotado de la tierra para ser amamantada por pechos de carne. La Verdad a la que no le basta el cielo ha brotado de la tierra para ser puesta en un pesebre. ¿En bien de quién vino con tanta humildad Excelencia tan grande? Ciertamente, no vino para bien suyo alguno, sino nuestro y grande, a condición de que creamos. ¡Despierta, hombre; por ti Dios se hizo hombre! ¡Despierta, tú que duermes y levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará!»<sup>19</sup>.

La humildad de Cristo es grande (ser. 341 A,1). Es maestro de humildad, de palabra y de obra. Enseña la humildad por medio de ángeles y de profetas, y nunca cesa de enseñarla. Enseña la humildad con su ejemplo (ser. 340A,5). En su asombrosa humildad se oculta la divinidad entera (ser. 184,3). Nosotros hemos de ser formados en esta humildad (cf. ser. 68,11) que es paradigmática para nosotros.

El Verbo se hace partícipe de la carne para que la carne se haga partícipe del Verbo (enar.psal. 121,5). La encarnación del Hijo eterno, juntamente con su pasión y su resurrección, son las etapas clave de la dispensación salvífica de Dios en Cristo, según gr. et pecc.or. 2,24,28; 2,27,32; 2,32,37 y también Io.ev.tr. 36,1. Digamos que la encarnación de nuestro *Exemplum* aparece como el comienzo concreto de la historia redentora de Cristo. Él es el que posibilita nuestra purificación y justificación mediante la gracia y el que nos enseña a obedecer para obtener la victoria<sup>20</sup>.

Al hablar de la humildad ejemplar de Cristo el hiponense la vincula también a su pasión (Io.ev.tr. 55,7) y a nuestra vida eterna (conf. 1,11,17). Cura la hinchazón de nuestro orgullo y nos libera del pecado, siendo para nosotros ejemplo (Trin. 8,5,7). Dios así se nos acerca y nos busca (enar.psal. 127,8 / Io.ep. 8,14 / conf. 11,2,4) para enseñarnos esta lección, por lo que Cristo ha de ser imitado por nosotros (ser. 32,13). Su debilidad y humildad nos brindan enseñanzas (conf. 7,18,24). En el Señor –insuperable ejemplo para nosotros– hallamos la

<sup>19</sup> SAN AGUSTÍN, ser. 185,1.

<sup>20</sup> Cf. DALEY, B. E., “Voz Encarnación”: FITZGERALD, A. D. (dir.), *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, 462-464.

síntesis de algunas paradojas antitéticas: grande-pequeño, bajar-subir, plenitud-sed... (cf. ser. 207,1).

Nuestro corazón está llamado a ser modelado con el auxilio de su Espíritu, que modela nuestro corazón en el corazón de Cristo. En el ser 32,13 Agustín relaciona este asunto con la signación de la cruz. La cruz es un signo que se lleva en la frente, y ha de corresponderse con la humildad, vivida en el fondo del corazón. El edificio antes de elevarse se abaja, y sólo después recibe su coronación (cf. ser. 69,2-3). El ejemplo del Cristo humilde es sanador para nosotros<sup>21</sup>. Pone la Verdad a nuestro alcance, haciéndose hombre (cf. civ.Dei 11,2). Nos brinda humildemente la *salus*, que es salud y salvación<sup>22</sup>.

En Cristo Ejemplo se culminan los *exempla fidei* veterotestamentarios y gracias a su encarnación hallamos una *disciplina vivendi* y un *exemplum praecepti*. Él es el *exemplum vitae*, el único *exemplum humilitatis* y el *exemplum obedientiae* para los que le seguimos. Studer advierte que *Christus est unus magister, exemplum humilitatis et exemplum gratiae*. Constata su ser *via universalis salutis*, por ser el *pastor Ecclesiae*, *unus homo*, *Conditor et rex civitatis* y *Totus Christus*. Studer acaba su reflexión encontrando en Cristo la *maxima Dei gratia*, a través de la *forma iustitiae*. Indica que Cristo es *Mediator* porque “*per Christum in Spiritu sancto*” –el hombre puede llegar– al “*in Deum Patrem*”<sup>23</sup>.

Cristo es además el *exemplum iustitiae*. Es preciso señalar también que su condición de “libre de pecado” está conectada íntimamente con su filiación divina. Al Justo nosotros sólo podemos imitarlo en su condición de humilde y de paciente<sup>24</sup>. En Él, el único que nos justifica, encontramos el *exemplum iustitiae*, el *sacramentum iustitiae* y la *via iustitiae* <sup>25</sup>.

<sup>21</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile*, 44 y 45.

<sup>22</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile*, 46.

<sup>23</sup> Cf. STUDER, B., *Gratia Christi – Gratia Dei bei Augustinus von Hippo*, Ed. Institutum Patristicum Augustinianum, Roma 1993, 73-114.

<sup>24</sup> Cf. DODARO, R., “*Christus Iustus*” and Fear of Death in Augustine’s Dispute with Pelagius: *Signum Pietatis. Festgabe für Cornelius Petrus Mayer OSA zum 60 Geburtstag*, Augustinus Verlag, Würzburg 1989, 347-352.

<sup>25</sup> Cf. STUDER, B., “Jésus-Christ, notre justice, selon Saint Augustin”: *Studia Patristica* 17 (1982) 1316-1342.



La vida modélica de Cristo se vio obligada a asumir el sufrimiento. Agustín nos pide orar en el sufrimiento, imitando a Cristo sufriente (que recitó el sal 21 en la cruz). En Él se esconde un *exemplum* solidario<sup>26</sup>.

Teniendo en cuenta a Ayres advertimos que las dos funciones de la muerte de Cristo son el constituirlo en *exemplum* y en *sacramentum*, dentro del ámbito de la redención<sup>27</sup>. Cristo es *ejemplo* y *sacramento* por su muerte. En Él encontramos la gracia de la salvación, como nos narra Agustín en conf. 10,43,69-70. Él es nuestro servidor. También, a la inversa, nosotros hemos de servir a Dios, advirtiendo que cualquiera que le sirve lo hace para utilidad propia (cf. ser.Dolb. 23,20). Agustín muestra gran esperanza en que Cristo, *ejemplo* y *sacramento*, sanará todas sus dolencias. El Señor suplica al Padre por nosotros, estando sentado a su diestra. Cristo trae la medicina para las muchas y grandes dolencias del hombre. Su sangre nos redime y aparece como precio de nuestro rescate<sup>28</sup>.

#### 4. LA NAVIDAD Y EL SOL QUE NACE DE LO ALTO

Más allá de concepciones maniqueas o heliocéntricas, Agustín valora enormemente el símbolo espiritual de la luz y los elementos a ella asociados. Es un símbolo enteramente cristiano, por más que tenga alguna similitud puntual con el planteamiento gnóstico. Agustín interpreta teológicamente los símbolos del sol, la luna, el día, el mediodía... El Padre y Doctor de la Iglesia postnicena juega con estos sustantivos y con sus significados lumínicos.

Celebrar la Navidad consiste –en su opinion– en advertir que nos visita el sol que nace de lo alto (Lc 1,78). Jesús viene a nuestro mundo y en Él está personificado el sol de los espíritus (*Dieu soleil des esprits*, según Régis Jolivet). En medio de la noche, estamos llamados a es-

<sup>26</sup> Cf. DROBNER, H. R., “El salmo 21 en los ‘Sermones ad Populum’ de San Agustín”: *Scripta Theologica* 32 (2000) 427.

<sup>27</sup> Cf. AYRES, L., “The Christological Context of Augustine’s “De Trinitate” XIII”: Toward Relocating Books VIII-XV”: *Augustinian Studies* 29 (1998) 123.

<sup>28</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile*, 47-48.

perar la llegada del sol naciente<sup>29</sup> que siempre está por encima de nosotros (*quia Deus Semper maior*).

En el misterio de la encarnación del Hijo de Dios se nos regala una iluminación. Agustín se fija en el proceso anual de crecimiento y disminución de la jornada diurna<sup>30</sup>. Lo conecta con el crecimiento de Cristo y la disminución del Bautista: «Al crecer la Palabra, disminuye la voz» (ser. 293A,12).

La Navidad es, de algún modo, la fiesta de la Luz y la fiesta del Día, frente a las tinieblas y frente a la noche. El Señor mismo es el Día de nuestro corazón. Caminemos en su luz, exultemos y gocémonos en Él (cf. ser. 187,4). Aquí hallamos al que es Dios de Dios y Luz de Luz, como proclama el concilio niceno<sup>31</sup> y rezamos en el credo de los días festivos. Así como la noche y las tinieblas quedan fácilmente vinculadas al mal y al pecado, la luz y el día son interpretadas por Agustín como espacios salvíficos, con la presencia de Dios. Si acudimos a los sermones números 184,1; 185,2; 189,1; ó 190,4 captamos sin dificultades esto que estamos apuntando.

El cristianismo reinterpreta y supera ampliamente en la Navidad otra celebración enmarcada en la ciudad de Roma en el mismo mes. En efecto, el 25 de diciembre (*VIII kalendas ianuarias*) se celebraba tanto en Roma como en el mundo romano el solsticio del invierno. Era la fiesta del sol, en el llamado *dies natalis solis invicti*. En el mundo cristiano, ajeno totalmente a la heliolatría, los seguidores de Cristo

---

<sup>29</sup> Zenón de Verona y Máximo de Turín relacionan el nacimiento de Cristo con el sol naciente. Se inspiran para ello en la expresión de Malaquías, el cual anuncia simbólicamente que brillará el sol de justicia con la salud de sus rayos (Mal 4,2). San Máximo –en su sermón 45– habla de la salida para el mundo del sol verdadero, en medio de las tinieblas del siglo. Agustín juega teológicamente con los símbolos de la luz creada y la luz eterna, interpretando magistralmente los textos que nos hablan de la verdad que brota de la tierra (sal 84), del nombre *Emmanuel*, de la humildad del pesebre de Belén, y del Niño que no puede hablar, aunque es nada menos que la Palabra (cf. PONS PONS, G., *El solsticio de invierno y la Fiesta de Navidad en los Sermones de San Agustín*: Revista Agustiniiana 49/150 [2008] 919-920).

<sup>30</sup> Cf. PONS PONS, G., *El solsticio de invierno*, 917.

<sup>31</sup> Puede verse el eco teológico del primer concilio niceno en Agustín en STUDER, B., “Augustin et la foi de Nicé”: *Recherches Augustiniennes* 19 (1984) 133-154.

empiezan a festejar en este día su nacimiento; no se alegran por la fiesta del astro solar, sino por el nacimiento del Señor, celebrando el *dies natalis Domini*<sup>32</sup>. Digamos que ven a Cristo como a un sol distinto, diferente, también venido de lo alto, pero mucho más grandioso que la estrella que nos ilumina. Cristo es el nuevo sol, el que nos alumbra y nos salva por ser ciertamente luz y salvación (cf. sal 26), para que no caminemos en tinieblas (cf. Jn 8,12)<sup>33</sup>. Y por encima de todo esto, Agustín advierte que Dios elige la fecha que quiere para nacer en este mundo, mientras que –del resto de mortales– nadie puede elegir el día de su nacimiento (cf. ser. 190,1).

El gran defensor de la *Catholica* establece un paralelismo en el que quedan asociados el sol y Cristo, y también la luna y la Iglesia:

«También, pues, según esta opinión, por la luna se entiende la Iglesia, porque no tiene luz suya, sino que la ilumina el Unigénito Hijo de Dios, al que en las Santas Escrituras nominan alegóricamente “sol” muchos pasajes»<sup>34</sup>.

La Navidad nos exhorta a ser luz en el Señor (enar.psal. 61,7). El Hijo –a quien adoramos– es esplendor de la gloria del Padre (enar.psal. 71,8 {v.5}). Él es el iluminador a quien hemos de pedir que ilumine nuestra lámpara (enar.psal. 65,19 {v.14}). Si nos acercamos a Él seremos iluminados y alejándonos de Él nos entenebreceremos (enar.psal. 58,18 {v.10}). El fuego de Cristo ilumina a los justos y quema a los inicuos (cf. enar.psal. 77,13). Él nos robustece de sí, no de nosotros

<sup>32</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., “El misterio de la Navidad en los Sermones de San Agustín”: *Revista Agustiniiana* 55/168 (2014) 558-560.

<sup>33</sup> Joseph Ratzinger afirma que hoy resultan insostenibles las antiguas teorías según las cuales el 25 de diciembre había surgido en Roma en contraposición al mito de Mitra, o también como reacción cristiana ante el culto del sol invicto, promovido por los emperadores romanos del siglo III, como intento de crear una nueva religión imperial (cf. RATZINGER, J., *El Espíritu de la liturgia*, Ed. Cristiandad, Madrid 2007, 148. En opinión de Guillermo Pons Pons, la razón determinante para situar la fiesta de Navidad el 25 de diciembre radica en su vinculación con la fecha del 25 de marzo, que en el siglo III ya era considerada el día de la muerte de Jesús y también el día de su encarnación en el seno de la Virgen (cf. PONS PONS, *El solsticio de invierno*, 918-919).

<sup>34</sup> SAN AGUSTÍN, *enar. psal.* 10,3.

(cf. enar.psal. 88,19 {v.19}). Él nos transforma en luminares (enar.psal. 93,7 {v.1}).

Estamos convocados a dejar que la luz del Emmanuel entre en nuestros corazones, para que podamos renacer. Y es que Él nació para que renaciéramos, si desarrollamos la virtud de la fe y nos dejamos fecundar por Dios (cf. ser. 189,1-3)<sup>35</sup>. A Él le correspondió el nacer por nosotros; a nosotros, el renacer por Él (cf. ser. 372,3). En Navidad nace la Palabra, que es luz (cf. Io.ev.tr. 13,5) y nos transfigura espiritualmente.

Los rayos y la luz de Dios afectan a Agustín (conf. 7,10,16; sol. 1,13,23; an.quant. 15,25; an.quant. 33,75). Le dan seguridad y disipan las tinieblas de sus dudas (cf. conf. 8,12). Él advierte que la luz de la Verdad no pasa, sino que, permaneciendo fija, embriaga los corazones de los videntes (enar.psal. 93,6). Quienes confiesan su ceguedad merecen ser iluminados (enar.psal. 96,5). Cristo ilumina las mentes piadosas, para que entiendan las cosas divinas que se dicen o muestran. Él ilumina nuestra casa (cf. enar. psal. 118,18,4). Cristo nace de noche y a nosotros nos toca aprender que la oscuridad está preñada de distintos significados<sup>36</sup>.

La asociación entre Dios y la luz nos evoca la belleza de Dios<sup>37</sup>. Dios es la belleza siempre antigua y siempre nueva (conf. 10,27,38). Benedicto XVI asegura que las distintas y multiformes realidades de la creación nos dicen que contemplemos su belleza confesante (laudante); se trata de una alabanza de las cosas bellas mutables tributada a la belleza inmutable y creadora de las mismas<sup>38</sup>. Esta belleza suma

<sup>35</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *El misterio de la Navidad*, 559-560.

<sup>36</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile*, 79-84.

<sup>37</sup> Sobre la belleza en Agustín, recomendamos: REY ALTUNA, L., *¿Qué es lo bello? Introducción a la estética de San Agustín*, Ed. Instituto Luis Vives de Filosofía, Madrid 1945.

<sup>38</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Audiencia general del miércoles 18 de noviembre de 2009*. Disponible en la web: [http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2009/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20091118.html](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2009/documents/hf_ben-xvi_aud_20091118.html). / Consulta: 12.05.2021. Cita el Papa el texto agustiniano del ser. 241,2.

se halla en Dios, en cuyo gozo está la máxima felicidad. No poder gozar de Dios –por el contrario– es causa de máxima infelicidad<sup>39</sup>.

El Cristo agustiniano es el “Día del Día”:

«El Día que hizo todo día nos ha santificado este día. A él se refiere el canto del salmo: Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra; cantad al Señor y bendecid su nombre; anunciad al Día del Día, su salvación. ¿Quién es este Día del Día sino el Hijo nacido del Padre, Luz de Luz?»<sup>40</sup>.

«Tengamos, pues, hermanos, por solemne este día, no pensando en este sol, como los infieles, sino en quien lo hizo»<sup>41</sup>.

«Admírate, más bien, del día eterno que permanece ante todo día, que crea todo día, que nace en el día y libra de la malicia del día»<sup>42</sup>.

Entonces el día queda vinculado –en el contexto navideño– no tanto al sol, sino a quien hizo el sol<sup>43</sup>. Agustín siente sed de Aquel que ha hecho cosas tan maravillosas como el cielo, las estrellas, el sol, la luna...<sup>44</sup>.

El dato meteorológico del crecimiento gradual de la luz del día hace exclamar a Aurelio Prudencio, poeta coetáneo del tagastino: “*Caelum nitescat laetius / gratetur et gaudens humus / scandit gradatim denuo / iubar priores lineas*” (*Himnus VIII kalendas ianuarias*, vv. 9-12)<sup>45</sup>.

El Verbo es la verdadera luz e ilumina a todo hombre que viene a este mundo (cf. vera rel. 42,79); por eso es importante acercarnos a Él en Navidad, de modo que no hagamos de la luz tinieblas ni de las tinieblas luz (cf. ench. 13,1). Cristo es la luz del medio-

<sup>39</sup> Cf. BROTONS TENA, E. J., *Felicidad y Trinidad a la luz del De Trinitate de San Agustín*, Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 2003, 23.

<sup>40</sup> SAN AGUSTÍN, *ser.* 189,1.

<sup>41</sup> SAN AGUSTÍN, *ser.* 190,1.

<sup>42</sup> SAN AGUSTÍN, *ser.* 369,1.

<sup>43</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 190,1.

<sup>44</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *enar. psal.* 41,7.

<sup>45</sup> Se localiza el himno, en castellano, en: PRUDENCIO, A., *Obras completas*, Ed. BAC 58, Madrid 1950, 144ss.

día, y es quien posibilita el desarrollo del fervor de la caridad y el esplendor de la verdad (cf. civ.Dei 18,32). Nosotros no somos la luz, sino que somos iluminados por la luz (cf. conf. 9,4,10). Hemos de recibir la luz de Dios para –ya encendidos– iluminar después, evitando ser tinieblas (cf. conf. 8,10,23). Esto se posibilita cuando contemplamos la luz de Cristo con los ojos bien abiertos (cf. enar. psal. 4,6 {v.5}).

## 5. LA NAVIDAD, LA VIRGEN MARÍA Y SAN JOSÉ

María y José, José y María son los grandes protagonistas –junto a Jesús– en la celebración de la Navidad. Son figuras entrañables e insustituibles en la historia de nuestra salvación y en los planes de Dios, trazados desde antiguo, para liberarnos a todos del mal y del pecado. Agustín les dedica a los dos muchas de sus páginas; se detiene en ellos y capta lúcidamente la misión específica que Dios le ha reservado a cada uno.

### – *La Virgen María*

Geoffrey D. Dunn ha estudiado sucintamente el asunto de las funciones de María en las 18 homilías navideñas de Agustín. Desconocemos si Agustín predicaba sólo una vez en el día de Navidad, según la conocida costumbre africana (Drobner), o si más bien lo hacía tres veces –medianoche, amanecer y durante el día– como era la costumbre de la Iglesia romana (Hill). María aparece en el sermonario agustiniano con las funciones de madre, de cámara nupcial, de virgen (con perpetua virginidad), de mujer vinculada a la Iglesia virginal y vinculada también a la Iglesia maternal, segunda Eva... María nos pone en el buen camino para relacionarnos con Cristo y con el Padre. Ella además –dentro de la cosmovisión mariológica agustiniana– enseña a la comunidad cristiana que la virginidad puede ser muy fructífera en términos espirituales<sup>46</sup>.

---

<sup>46</sup> Cf. DUNN, G. D., “The functions of Mary in the Christmas homilies of Augustine of Hippo”: *Studia Patristica* 44 (2010) 433-446.

A estas funciones podríamos añadir otras que recoge con acierto Ritienne Debono<sup>47</sup>. María –madre de la Palabra de Dios, imagen de la Iglesia y modelo de las vírgenes– es, en efecto, la *primera discípula de Cristo*, que con fe escucha la palabra de Dios y la cumple. Es la *primera evangelizadora*, que da el primer testimonio cuando visita a su prima Isabel. Es también un *paradigma de vida santa*, modelo y *exemplum* del compromiso moral del creyente en el seguimiento de Dios. Agustín nos recomienda imitarla.

**Maternidad.** «Gobernaba con su poder a la madre, a la que estaba sometida su infancia, y alimentaba con la verdad a aquella de cuyos pechos mamaba» (ser. 184,3). María es, en efecto, *Theotokos*. Ya lo definió Éfeso en el año 431 contra Nestorio<sup>48</sup>. Éste es el dogma mariano matriz, del que nacen los otros tres dogmas marianos declarados y definidos. María es una madre muy especial, pues es nada más y nada menos que la madre de Dios; al mismo tiempo su maternidad es única, pues está unida inextricablemente a su virginidad. María es madre y virgen, virgen y madre. Prodigio admirable que no deja de asombrarnos y que nos exige un esfuerzo adicional para hacérselo saber a los incrédulos, como señala el santo doctor de la Iglesia postnicena:

«Nos causa asombro el parto de una virgen, y nos esforzamos por convencer a los incrédulos para que acepten este nuevo modo de nacer, a saber, que en un seno no fecundado nació el embrión de un hijo y unas entrañas libres de abrazo carnal dieron a la luz un hijo humano, sin tolerar que tuviera padre humano; que la integridad virginal permaneció cerrada en el momento de concebir e incorrupta en el momento del parto. Maravilloso es este poder, pero aún hemos de admirar más la misericordia, gracias a la cual quien pudo nacer así, así quiso nacer»<sup>49</sup>.

---

<sup>47</sup> Cf. DEBONO, R., “The Blessed Virgin Mary in the Writings of St. Augustine of Hippo”: DEBATTISTA, A. P.; FARRUGIA, J., and SCERRI, H. (eds.), *Non laborat qui amat. A Festschrift in honour of Professor Salvino Caruana O.S.A. on his 70th birthday*, Ed. Maltese Augustinian Province, Valleta 2020, 69-84.

<sup>48</sup> DH 252.

<sup>49</sup> SAN AGUSTÍN, ser. 192,1.

La Iglesia es –así como María– madre y virgen. Madre por las entrañas de caridad, y virgen debido a la integridad de la fe y a la piedad. Tiene capacidad de engendrar a los pueblos (cf. ser. 192,2).

Todos estamos también llamados a concebir a Cristo, sea cual sea nuestra forma de vida en la Iglesia. Hemos de concebirle con la ayuda de la fe, dándole a luz por las obras. Entonces, lo que hizo el seno de María respecto a la carne de Cristo, lo hará nuestro corazón respecto a la ley de Cristo (cf. ser. 192,2).

**Virginidad.** “Toda la Iglesia confiesa que Cristo nació de María Virgen” (ench. 34). Cuando Agustín expresa su fe en la virginidad mariana, señala que se halla ante una verdad ciertamente suprarrazional, que pone a las claras nuestra incapacidad gnoseológica y nuestra limitación interpretativa. Viene en torrente a la mente de Agustín una cascada de preguntas (sobre la valoración y la comprensión de dicho misterio); son de difícil respuesta para planteamientos racionales encerrados en parámetros inmanentes<sup>50</sup>.

Toda la Iglesia confiesa que Cristo nació de María virgen (cf. ench. 34). Ella quedó grávida por la encarnación de Cristo y nuestros corazones han de estar grávidos de la fe en Él. No hemos de ser estériles; más bien hemos de dejar que nuestras almas las fecunde Dios (cf. ser. 189,3).

Junto a María Virgen se alegran inmensamente en Navidad las vírgenes consagradas a Dios. La fiesta del nacimiento del Hijo de Dios es especialmente importante para ellas, y Agustín lo sabe bien. María es modelo admirable e imitable para todas ellas. La fiesta de la Navidad –en la época patristica– era la fiesta de las vírgenes consagradas. Agustín se refiere a ellas con constancia e insistencia durante sus homilias navideñas<sup>51</sup>.

Jesucristo, que existía junto al Padre, antes de nacer de madre eligió la virgen de la que había de nacer (cf. ser. 190,1). María es Virgen, y es al mismo tiempo la Madre de Dios. Gran misterio en que se unen tanto la grandeza del Señor como la nobleza de María. Así queda ex-

<sup>50</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 215.

<sup>51</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *El misterio de la Navidad*, 555ss.



puesto en el sermón 200,2: «La grandeza de Cristo se manifestó en la virginidad de su madre, y la nobleza de su madre, en la divinidad de Cristo». Ciertamente, es muy difícil probar esto desde un empirismo biológico, y por eso el hijo de otra gran madre, Santa Mónica, nos explica que nos hallamos ante una verdad de fe (cf. ser. 186,2).

**María y la Iglesia.** María es además modelo de la Iglesia, la cual es también *Ecclesia mater*<sup>52</sup>. Iglesia madre e Iglesia virgen: la semejanza con María es grandísima. Es madre debido a la fecundidad de su amor, y es virgen a causa de la integridad de su fe. ¡Es notable el subrayado de la fe en la mariología agustiniana! Hablando de la virginidad de la Iglesia, Agustín admite que es virgen y da a luz pues imita a María, la cual el concilio reconoce como miembro excelentísimo de la Iglesia (LG 53). Veamos lo que dice Agustín de la virginidad eclesial:

«La Iglesia es virgen. Tal vez me dirás: “Si es virgen, ¿cómo da a luz hijos? O, si no alumbró hijos, ¿cómo es que nos hemos inscrito para nacer de sus entrañas?”. Respondo: “Es virgen y da a luz; imita a María, que dio a luz al Señor”. ¿Acaso Santa María no dio a luz siendo virgen y permaneció siéndolo? Así también la Iglesia: da a luz y es virgen; y, si lo piensas atentamente, da a luz a Cristo, puesto que los bautizados son miembros suyos. Dice el Apóstol: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. Si, pues, alumbró a los miembros de Cristo, la semejanza con María es grandísima»<sup>53</sup>.

**Estrella en la noche**<sup>54</sup>. La Virgen María –para Agustín– es la “*estrella en la noche*”<sup>55</sup>. En no pocas ocasiones habla Agustín de las es-

---

<sup>52</sup> Estudiado bellamente en PALMERO RAMOS, R., “*Ecclesia Mater*” en *San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Ed. Cristiandad, Madrid 1970.

<sup>53</sup> SAN AGUSTÍN, ser. 213,8.

<sup>54</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, ser. 223-D,2. En la redacción de este epígrafe hemos tomado muchas ideas de Guillermo Pons Pons, *María «estrella en la noche» en un sermón de San Agustín*: Revista Agustiniana 46 (2005) 521-532. También nos hemos acercado con anterioridad a este mismo asunto de la mariología agustiniana en SÁNCHEZ TAPIA, M., “San Agustín. María, stella in nocte”: *La ciudad de Dios* 232/3 (2019) 461-503. Reproducimos aquí, casi en su total literalidad, una buena parte de los textos más destacados de este artículo.

<sup>55</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, ser. 223-D, 2.

trellas. Asegura que las vemos resplandecer en lo alto<sup>56</sup> y que, cuando en la oscuridad de la noche vemos pasar las nubes, nuestra visión queda perturbada por su opacidad, de manera que parece que las estrellas corren en dirección contraria a nosotros<sup>57</sup>. María –la mujer insustituible en la Navidad– no nos deja solos. Es nuestra “*estrella en la noche*”. Además, durante la noche de esta larga vida nuestra (nuestra existencia terrenal), hemos de mantener la esperanza en la resurrección de la carne, posibilitada por Cristo, nuestro salvador, que nos trae la alegría<sup>58</sup>. Él es la luz del mundo (cf. Jn 8,12). Nació de noche y resucitó también de noche. Nos lleva a la resurrección de la carne para el reino<sup>59</sup>.

Agustín, al captar el cariz estelar de María, da la impresión de inspirarse en Os 4,5, donde se lee: “comparé vuestra madre con la noche”. Estamos ante una cita de una versión antigua, que no coincide plenamente ni con el texto hebreo ni con la Vulgata. Comenta el converso Agustín:

«La luz que surge de las tinieblas es Cristo nacido de los judíos, a quienes se dijo: Equiparé vuestra madre a la noche. Pero en medio de aquel pueblo, cual si fuera en aquella noche, la virgen María no fue noche, sino, en cierto modo, una estrella en la noche; por eso, su parto lo señaló una estrella que condujo a una larga noche, es decir, a los magos de oriente, a adorar la luz, para que también en ellos se cumpliese lo dicho: Brille la luz entre las tinieblas»<sup>60</sup>.

María queda injertada en el misterio de Cristo. En ella destella una luz resplandeciente, por su vinculación con el Salvador. En Cristo hay luz porque Él es la luz; en María también, por su íntima vinculación a su hijo. Por otro lado, fijémonos en que el seno de la Virgen

<sup>56</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *conf.* 13,32,47.

<sup>57</sup> Este texto lo utiliza aludiendo a los herejes que no hallan la paz en la tiniebla de su error, y que creen que son las diversas Escrituras las que se pelean (cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 1,4).

<sup>58</sup> SAN AGUSTÍN, *ser.* 223-D,1.

<sup>59</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 223-D,2. Y también PONS PONS, G., *María «estrella en la noche»*, 529.

<sup>60</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 223-D,2.

María –tanto para Agustín como para el mismo Jerónimo (cont. Jov. 1,31)<sup>61</sup> – es comparado alegóricamente con el sepulcro de Cristo. El águila hiponense establece un paralelismo entre el sepulcro nuevo y el seno virginal mariano<sup>62</sup>.

La defensa de María como “estrella en la noche”, ha dejado una amplia resonancia en los escritos de teólogos y autores de espiritualidad cristiana<sup>63</sup>. En ella los cristianos aprendemos a valorar el mundo interior, la disponibilidad, la apertura a los planes de Dios y la acogida de la gracia<sup>64</sup>.

### – *San José* <sup>65</sup>

Tanto María como José quedan perfectamente asociados a la cristología de Agustín. Los dos están como en la sombra, en relación a la

<sup>61</sup> SAN JERÓNIMO, *Obras completas. VIII. Tratados apologéticos / Contra Joviniano*, Ed. BAC, Madrid 2009, 213.

<sup>62</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 223-D,2.

<sup>63</sup> Ahí están, entre otros, el himno *Akathistos* (la llama “*estrella que el Sol nos anuncia*”), las letanías lauretanas (que la llaman *Stella matutina*), San Isidoro de Sevilla (la llama “*iluminadora o estrella del mar*” que “*engendró la luz del mundo*”), el himno *Ave maris stella* (de autor anónimo), San Beda el Venerable (que señala que María “*ha brillado como astro de extraordinaria belleza entre las olas de un mundo en ruinas*”), Fulberto de Chartres (que la invoca también como “*estrella del mar*”), Gregorio de Narek (penúltimo Doctor de la Iglesia declarado, que la llama “*alba luminosa del sol naciente, estrella matutina que precede a la aurora, ruiseñor que alegra la oscuridad de la noche*”)... San Bernardo de Claraval la denomina “*esclarecida y singular estrella*”, mientras que San Martín de León la llama “*refulgente estrella*”, que ha iluminado al género humano entre tinieblas y tempestades en este mar encrespado. “*Estrella del mar, iluminada por Dios e iluminadora de nosotros*” será el apelativo con el que la nombre Egidio Romano. Y también dentro de la familia agustiniana, el insuperable e icónico profesor en Salamanca, Fray Luis de León, escribirá que es “*clarísimo Lucero / en esta mar turbada / del linaje humanal fiel abogada*”. Tomamos estos títulos de PONS PONS, G., *María «estrella en la noche*», 530-532.

<sup>64</sup> Cf. RIVAS GONZÁLEZ, A. F., “La mariología en los Sermones de San Agustín”: *Religión y Cultura* 39 (1993) 454.

<sup>65</sup> Condensamos aquí las aportaciones de RIVAS GONZÁLEZ, A. F., *La mariología en los Sermones*, 440-442. Otros Padres de la Iglesia disertan también sobre la figura de San José. Recomendamos leer TOMÁS FERNÁNDEZ, S., “San José en los Padres de la Iglesia. Panorama bibliográfico y conclusiones para la elaboración de una teología josefina”: *Teresianum* 23/2 (1972) 436-448. Disponible en la web: <https://>

luz del Hijo de Dios (el *Illuminator*, como lo denomina el tagastino). Al mismo tiempo, es verdad que San José aparece en las reflexiones mariológicas de Agustín: no podía ser de otra manera, tratándose de dos figuras grandes, interconectadas, singulares e imprescindibles en la historia de la salvación. Algunos textos agustinianos josefinos aparecen en los ser. 51, 225 y 343, aunque ya veremos que hay otros lugares en los que trata también sobre el esposo de María. Su doctrina josefina es cristológica y también mesiánica. Y es que la vida y la misión de San José se conectan indefectiblemente con la encarnación del Verbo, y también con su obra redentora.

Los acentos teológicos josefinos sí van variando, en dependencia directa con respecto a los temas tratados. Predomina el cariz exe-gético en la genealogía y en la filiación de San José en *De consensu evangelistarum*. Se subraya el tono polémico-doctrinal en *Contra Faustum manichaeum*, que se dirige apologéticamente frente a donatistas y maniqueos. El hiponate pone de relieve la vertebración teológica josefina en las cuestiones fundamentales como el matrimonio virginal con María, la paternidad virginal con Jesús, y sus consecuencias en relación a María y a Jesús. Aquí hallamos un enlace directo con la familia de Dios, que es la Iglesia universal. Agustín defiende a las claras tanto la paternidad de San José, como –ya lo hemos indicado– la virginidad perpetua de la Virgen María<sup>66</sup>. José estuvo unido a María en la integridad del corazón<sup>67</sup>.

Agustín reconoce que José es el esposo de María y el padre de Jesús. En cuanto a lo primero, hay que entender bien lo que aquí significa “esposo” y –también– lo que aquí significa “padre”. En cuanto a la identidad de esposo, lo es en verdad, pues estamos ante un matrimonio verdadero (el de María con José). Es un matrimonio que no comporta la pérdida de la integridad. José no es el destructor de la

---

dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5363694 / Consulta: 31.08.2022. Como se ve, pueden localizarse varios registros sobre San Agustín.

<sup>66</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *nupt. et conc.* 1,11.12.13; SAN AGUSTÍN, *ser.* 225,2. Todo lo anterior lo tomamos, casi literalmente, de MADRID, T. C., “Mariología”: OROZ RETA, J., y GALINDO RODRIGO, J. A. (eds.), *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. Teología dogmática (II)*, Ed. Edicep, Valencia 2005, 858.

<sup>67</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *c. Faust.* 23,8.

virginidad, sino más bien el guardián del pudor. Y para decirlo mejor aún, no es el guardián, sino el testigo del pudor virginal, para que el embarazo de María no se atribuya a un adulterio<sup>68</sup>.

En relación a lo segundo, es cierto que algunos de los que vivieron con él no lo entendieron bien. Lo consideraban padre de Jesús como los demás padres engendran en la carne y reciben hijos por un cauce diferente al exclusivo afecto espiritual. Esto era equivocado, como bien indica el hijo de Santa Mónica. Si entre María y José hay un verdadero matrimonio, hay que preguntarse por qué no iba a recibir el marido, sin perder la integridad, lo que había recibido del mismo modo su esposa. La esposa no perdió la integridad, ya lo hemos indicado; entonces, tampoco la perdió el marido.

María es madre e íntegra y José es padre e íntegro también<sup>69</sup>. José es padre de Jesús en el seno de la sagrada familia. Su paternidad está vinculada a su *auctoritas* paterna. Él es, en efecto, el que ha de ponerle con María el nombre al Niño. María es muy humilde y Agustín es consciente de esto; queda evidenciado cuando encuentran al Niño perdido en el templo y hablando con los doctores. Agustín capta muy bien la humilde intervención de María, al autonombrarse después de José<sup>70</sup>.

José colabora inigualablemente en la historia de la salvación y en la educación de un Niño que va a ser el único salvador del mundo. Es testigo de la virginidad de la madre. Sintetiza en su persona la integridad, la virginidad y la fecundidad<sup>71</sup>. Es padre al tiempo que conserva la castidad; he aquí el porqué de su paternidad auténtica. Es una paternidad más auténtica porque es más casta. Realiza en el corazón lo que otros desean realizar en la carne. Esto no impide que sea llamado padre, sino que más bien –por el contrario– invita a considerarlo más padre que a ninguno<sup>72</sup>. La piedad y la caridad están definiendo la

---

<sup>68</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 51,26; *ser.* 225,2; *ser.* 51,9; *ser.* 343,3.

<sup>69</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 51,30; *ser.* 51,26.

<sup>70</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 51,18.

<sup>71</sup> Cf. A. F. Rivas González, *La mariología en los Sermones*, 441-442.

<sup>72</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 51,30; *ser.* 51,26. Esta misma argumentación se esgrime al hablar de la madre de Jesús, que fue “*madre virgen*” y por ello “*más madre*”. Le

paternidad de San José, y es que estamos ante un padre que es padre por amor. Gracias a su piedad y a su caridad le nace de María un hijo que es –al mismo tiempo– Dios. No estamos ante un amor carnal, sino ante otro tipo de amor.

En José nos posicionamos ante un amor sublime, atado al perdón y a la misericordia. La santidad de José es sincera, y el deseo de tener a María consigo no es el motivo por el que quiere perdonarla. Muchos hombres, por amor carnal, perdonan a sus esposas adúlteras. Desean retenerlas, aun sabiendo que son adúlteras, para dar satisfacción a la concupiscencia carnal. José es esposo y es justo al mismo tiempo. Su amor no es carnal. No quiere castigarla. Su perdón procede de la misericordia<sup>73</sup>. En verdad, José aparece en Agustín como el hombre del perdón. El Espíritu Santo es quien lo asiste para que pueda clarificarse internamente y para que reconozca asombrado la virginidad de María<sup>74</sup>.

José se contagia positivamente de la fe y de la fidelidad marianas a la palabra del Señor. Es marido casto y casto padre<sup>75</sup>. Gracias a la piedad y a la caridad de José nace de María Virgen un Hijo, y éste es el Hijo de Dios<sup>76</sup>. María, virgen desde su concepción, es entregada a José, su esposo, para que éste sea el custodio fiel de sus prerrogativas insignes<sup>77</sup>; evidentemente, aquí la esposa no es entregada al esposo para dejar de ser virgen, como ocurre con el resto de los mortales. Contemplar en la Navidad a José –y hacerlos con ojos agustinianos– supone no perder de vista todas estas consideraciones.

---

ofreció la fecundidad sin quitarle la integridad. Y es que no aparece el defecto del *concupire*, que está normalmente adjunto a la concepción carnal (cf. *ser.* 72/A,3).

<sup>73</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 51,30; *ser.* 51,9.

<sup>74</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 51,9; *ser.* 51,30; *ser.* 82,19; *ser.* 343,3.

<sup>75</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 51,26.

<sup>76</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 51,30.

<sup>77</sup> Cf. R. Palmero Ramos, “*Ecclesia Mater*” en *San Agustín*, 239. Basado en San Agustín, *ser.* 188,4.

## 6. LA NAVIDAD Y SU CONTRAPUNTO. LA GENTE DE BELÉN Y HERODES

La Navidad tiene sus personajes. Unos –de los que ya hemos hablado– poseen actitudes vitales deseables para cualquier cristiano que quiera crecer en el camino de la perfección; otros, lamentablemente, son presa de pecados que los atan a ídolos de acá o de allá. Entre estos últimos hallamos a los habitantes de Belén y a Herodes. Se sitúan en las antípodas existenciales y espirituales de la esencia de la Navidad. Son el contrapunto de la alegría navideña, pues su lógica es otra lógica y sus caminos, otros caminos. Veámos como los retrata el hiponense.

### – *La gente de Belén*

Aparece como gente que no tiene espacio ni en la casa ni en el corazón para recibir a Jesús. ¿Y nosotros? Nos indica Agustín en el comentario al salmo 131,6:

«Quiere alojarse en tu casa; hazle lugar. ¿Qué significa “hazle lugar”? No te ames a ti, ámale a Él. Si te amas, le cierras la puerta; si le amas, le abres. Si le abres y entra, no perecerás amándote, sino que le encontrarás por haberte amado».

Nos narra San Lucas en su evangelio que cuando José y María estaban en Belén, llegó el día en que ella debía dar a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió y lo acostó en un pesebre, ya que no había lugar para ellos en la posada (Lc 2,6-7). Ésta fue la causa del nacimiento de Cristo en la pobreza y en la periferia. La gente de Belén está metida y absorta en sus quehaceres, trabajos, preocupaciones... Hay lugar para otros, pero no hay lugar para Jesús. Sucedió ayer y sigue sucediendo hoy también. El Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, ha de nacer fuera de la ciudad; ha llamado –sigue haciéndolo– a las puertas, pero la ausencia de corazones atentos y sensibles ha impedido el hospedaje. Y es que los que están encerrados en “sus mundos” no escuchan a los ángeles ni tampoco ven la luz de Dios. ¿Sabremos nosotros esperar a Jesús? La gente de Belén cierra la puerta de sus casas y de sus corazones al Señor. Bloquea la puerta de su corazón y limita su acceso a Dios, pues *“sólo entramos en la Verdad*

*por la caridad*" (c.Faust. 32,18). La gente de Belén está llena de preocupaciones materiales y parece cerrarse en sí. Esto puede ocurrirle también a los que se enredan en sus pensamientos, y a los que han quedado apresados en el materialismo, en la cerrazón, en el orgullo y en la insensibilidad del corazón.

– *Herodes*<sup>78</sup>

La vida de Herodes se limita a sus cosas, a su autoridad, a su ego hinchado y a su poder. Sólo se tiene en cuenta a sí mismo, sin escuchar a nadie, pues cree que no necesita de nadie. Está cerrado a Dios, a sus mensajeros y a su divina estrella. Está encerrado en el castillo de su egoísmo y en las moradas de su orgullo insoportable. No se mueve de su sitio, es inflexible y su mente dista mucho de ser una mente abierta. Herodes está realmente lleno de miedo (piensa que el recién nacido va a arrebatar su *status* privilegiado) y trata de maquillarlo con su poder y aparente conocimiento. También él, como los magos, quiere ver al Niño, aunque no para adorarlo sino para fulminarlo y para acabar con él. ¿Razón? Él piensa que su trono está en peligro; ve a Jesús como un enemigo y quiere quitárselo de en medio.

Herodes es un personaje malvado en la Navidad. Ha usurpado el trono de Israel, ha manipulado y malinterpretado las profecías para hacer creer que se refieren a él y ha mentido a los magos. No tiene entrañas, y es capaz de perpetrar una dramática matanza de niños inocentes. Herodes está internamente ciego. ¿Cómo ver en estas condiciones espirituales lamentables la estrella de Dios? Los celos, la envidia... he aquí su problema. Éste es un vicio realmente diabólico, del cual el demonio es culpable y eternamente culpable. La envidia es un vicio diabólico que nace del orgullo. Es el orgullo el que hace que la gente tenga envidia. Asfixia a la madre y no nacerá ninguna hija, advierte Agustín. Ésta es la razón por la cual Jesucristo enseña tan cuidadosamente la humildad (cf. disc.chr. 7,7). Hemos de liberarnos del orgullo y llenarnos del amor (cf. Trin. 8,8,12). Se trata de ser

---

<sup>78</sup> Cf. J. García Álvarez, *Nous avons vu son étoile*, 144ss.



como niños y de alejarnos de la mentalidad autorreferencial, si es que queremos entrar en el Reino de los Cielos (cf. Mt 18,3).

Los ojos de Herodes están hinchados y dañados. La luz que es adorable para los ojos puros, para sus ojos enfermos es odiosa (cf. conf. 7,16,22). Digamos que Herodes está atravesado por las tinieblas. ¿Y nosotros? Agustín nos exhorta a optar por la luz, lejos del pecado<sup>79</sup>. El engreimiento lo ha cegado y temerariamente se siente pletórico en un trono de inseguridad, de oropeles frívolos y de miedo interior.

Herodes está en las antípodas actitudinales de los magos. Agustín lo sabe muy bien:

«Los magos buscaban para encontrar, Herodes para matar; los judíos leían en qué ciudad había de nacer, pero no advertían el tiempo de su llegada. Entre el piadoso amor de los magos y el cruel temor de Herodes, ellos se hicieron vanos, después de haber mostrado la ciudad de Belén. En cambio, negarían a Cristo, que en ella había nacido, al que no buscaron entonces, pero vieron después, y le darían muerte, no cuando aún no hablaba, sino después, ya en el uso de la palabra. Más dichosa fue, pues, la ignorancia de aquellos niños a quienes Herodes, aterrado, persiguió que la ciencia de aquellos que él mismo, asustado, consultó. Los niños pudieron sufrir por Cristo a quien aún no podían confesar; los judíos pudieron conocer la ciudad en que nacía, pero no siguieron la verdad del que enseñaba»<sup>80</sup>.

## 7. CONTEMPLACIÓN

La Navidad es un misterio que nos invita a contemplar el nacimiento del Hijo de Dios. Es el misterio de los misterios. Dios se hace niño, y la infinitud divina se personifica en un recién nacido que ha descendido para salvarnos. ¿Qué podemos contemplar en Él y junto a Él? Veámos.

---

<sup>79</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *Io.ev.tr.* 3,5.

<sup>80</sup> SAN AGUSTÍN, *ser.* 199,1,2.

**La paz.** Cuando nace Jesús nace el Príncipe de la paz (CEC 2305), al que hemos de contemplar. Los ángeles cantan «Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres» (Lc 2,14). Jesús hace posible – según el hiponate– que se extienda el río de la paz profetizado por el profeta Isaías (cf. civ.Dei 20,21,1). Él nos conduce a la eterna Jerusalén, cuyo nombre significa “visión de paz”. Jesús viene a regalarnos la paz que nos une y Agustín advierte que el vínculo de la paz aparece tras la recepción del Espíritu Santo (cf. ser. 71,28). En el Niño de Belén encontramos nuestra paz, que nos invita a caminar con una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios (cf. reg.1,1). En Jesús está la anhelada paz segura (cf. ser.Dom.mon. 2,25,86) y Él nos impele a vivir la bienaventuranza de la paz (Mt 5,9). Es Jesús tan generoso a la hora de regalar la paz, que la ofrece incluso al traidor (cf. enar.psal. 3,1). Él nos da la paz no como la da el mundo (Jn 14,27), haciendo todo lo posible por lograr que estemos unidos, los unos con los otros, mediante el vínculo de la paz (Ef 4,3). La paz que trae Jesús en la Navidad es la paz que supera todos los razonamientos de las mentes más potentes (cf. civ.Dei 22,29-30), como la de Agustín. Es la paz de Dios, en la que se abrasa el tagastino tras su conversión, después de clamar el “*tarde te amé*” (conf. 10,27,38). Y esta paz navideña, Agustín quiere que la compartamos los unos con los otros (cf. ser. 357,1,2 y 3).

El santo se asombra al constatar que en este mundo alocado (el de nuestra época y el de la suya) podemos obtener la paz, si estamos al lado de Dios por la fe (cf. civ.Dei 19,27). En la Navidad celebramos el nacimiento de alguien muy especial. Se trata del médico humilde, que nos invita a todos a la paz (cf. civ.Dei 4,16). La paz de la Navidad, y de todos los días del año, se alcanza cuando el corazón llega a la *tranquilitas ordinis* (cf. civ.Dei 19,13,1). Si los creyentes vaciamos nuestras almas de todo lo que les sobra, y dejamos espacio para que entre la caridad, entonces dicha caridad nos llevará a vivir en paz (cf. enar.psal. 69,1 [v.2]). Es cierto que la experiencia de la paz en este mundo se ve frecuentemente amenazada por los problemas, los sufrimientos, los pecados... Ahora estamos todavía ante una vivencia limitada de la paz, que madurará satisfactoriamente cuando llegue la paz jerosolimitana (cf. civ.Dei 19,12,1-3).

**La fiesta.** La Navidad nos facilita contemplar al Niño en una atmósfera de fiesta. Agustín tenía costumbre de pasar el invierno en

Hipona; allí predicó, en la Basílica Mayor, casi todos sus sermones navideños. Es cierto que durante el invierno del año 412 al 413 estuvo ausente de Hipona; el resto del tiempo sí celebró allí la fiesta de la Navidad. Agustín persigue evidenciar –en su predicación oral<sup>81</sup> ante los fieles– que Cristo es Dios y hombre verdadero. En la Navidad encontramos la *memoria festiva* de lo que un día ocurrió; asimismo también hallamos la *solemnidad* y el *sacramento*, como señala a partir del año 400<sup>82</sup>.

Celebremos con alegría –nos exhorta el santo tagastino– la fiesta de la Natividad del Señor. Celebremos el día del nacimiento del Señor, que es la fecha en la que la Sabiduría de Dios se manifestó como niño y la Palabra de Dios emitió, sin palabras, la voz de su carne. Festejemos el día en el que se ha cumplido la profecía que proclama que la Verdad ha brotado de la tierra y la Justicia ha mirado desde el cielo. La Verdad está también en el seno de una madre y, conteniendo al mundo, es llevada por las manos de una mujer. Alimenta de forma incorruptible la bienaventuranza de los ángeles, y es amamantada por pechos de carne. A la Verdad no le basta el cielo y brota de la tierra para ser puesta en un pesebre. Mediante Jesucristo tenemos acceso a la gracia y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. En la Navidad resuena en ambiente festivo el canto angélico: “*Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*”. La Navidad es la fiesta en la que Jesús de los dos pueblos hace uno, para que seamos hombres de buena voluntad, dulcemente unidos en el vínculo de la caridad (cf. ser. 185).

**La Pascua**<sup>83</sup>. Contemplar a Jesús Niño nos exhorta a mirar al futuro y a contemplarlo victorioso en la Pascua. Agustín mira frecuen-

---

<sup>81</sup> Entre los sermones del santo en los que aparece el misterio de la Navidad (y temas asociados al mismo) tenemos los números 51, 92, 119, 121, 140, 175, 183, 184 a 196, 199 a 204, 225, 287, 290, 291, 341A, 369, 370, 373, 374 y 375. También como tema conexo, dentro de los *Sermones-Dolbeau*, está el ser. D23 (sobre la Epifanía, predicado el 6 de enero, alrededor del año 409).

<sup>82</sup> Cf. GARCÍA ÁLVAREZ, J., *Nous avons vu son étoile*, 59-61. Los temas concretos de la predicación navideña de Agustín se recogen en GARCÍA ÁLVAREZ, J., *El misterio de la Navidad*, 551-560.

<sup>83</sup> Cf. H. R. Drobner, “Natividad en Hipona: celebración mística y catequesis”: *Augustinus* 55 (2010) 31-49.

temente hacia la Pascua y –más en concreto– a “*la madre de todas las santas vigiliass*”<sup>84</sup>, nutrida de un profundo significado cristológico y espiritual. En ella brillan las antorchas encendidas en el templo eclesial, que es casa de oración<sup>85</sup>. En ella, Agustín se goza por la victoria del que nos otorga la gloria de su nombre, que es el que ilumina la noche y nuestras tinieblas, el que da luz a los corazones, el que deleita los ojos, el que ilumina la mente<sup>86</sup>... Supera la vigilia de Pentecostés y las de algunos mártires famosos.

Agustín, como presbítero y como obispo, celebró 39 fiestas de Navidad (años 391 a 429). Conservamos 15 de sus sermones navideños, los cuales prueban que la luz de la Navidad nos conduce a contemplar la luz de la Pascua. El obispo de Hipona esgrime una teología navideña exactamente paralela a la teología pascual. Navidad y Pascua se complementan e interpretan recíprocamente, pues recuerdan y celebran el único misterio de la salvación, acontecido en la persona de Jesucristo. La luz de la Navidad y la luz de la Pascua pertenecen a Jesucristo, que es la luz del mundo (cf. Jn 8,12). La encarnación y la resurrección del Señor son los dos puntos centrales y conexos de la salvación que Él nos trae, y ambos acontecimientos son entendidos, interpretados y celebrados por el hiponense como *memorias* y como *sacramentos*. Esto lo deja claro Agustín a partir del año 400, superando así su propia opinión pasajera y no definitiva de la ep. 55 a Jenaro (donde reduce la comprensión de la Navidad a la simple *memoria* del hecho histórico). En la Navidad y en la Pascua se halla el recuerdo de sucesos históricos, y también se encuentra la celebración y actualización de los mismos. Hay *memoria* y *sacramento*. Una misma luz inicia y culmina el misterio de nuestra salvación, y esta luz es la luz de Cristo, presente en la encarnación y en la resurrección<sup>87</sup>.

---

<sup>84</sup> SAN AGUSTÍN, *ser.* 219.

<sup>85</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 223-I.

<sup>86</sup> Cf. SAN AGUSTÍN, *ser.* 221,2.

<sup>87</sup> Los sermones de Agustín tienen esto muy presente. En Navidad Agustín enseña a la comunidad cristiana en general, insistiendo en los credos niceno y constantinopolitano. En Pascua se dirige a los catecúmenos y a los neófitos, inspirándose en el credo bautismal. En los sermones de Navidad, se ve que Jesús nace en la noche más larga del año (24 de diciembre, en el hemisferio norte). En

Las fiestas de Navidad (vinculada al solsticio de invierno) y de Pascua (asociada al equinoccio de primavera) se completan mutua y teológicamente. Forman el único *icono misterico* de la salvación. Ambas poseen elementos teológicos asociados, que nos llevan a visualizar la encarnación y la resurrección desde los ángulos del misterio, la consagración, la santificación, el paso, el salto de lo corporal a lo espiritual y el tránsito de lo visible a lo invisible.

***La gran lección de Dios.*** La Navidad es el tiempo para contemplar y aprehender la gran lección que Dios nos da. Es una lección que nos exhorta a adorar y a recapacitar ante la genial “síntesis paradójica” escondida en el misterio navideño. Sí, en Navidad hay un insuperable juego de contrastes cuando nos detenemos y miramos a Jesús:

«Nacido, en efecto, de una madre que, aunque concibió sin obra de varón y siempre permaneció intacta –virgen al concebir, virgen al dar a luz, virgen al morir–, estaba desposada con un carpintero, extinguió así todo el orgullo de la nobleza carnal. Además, nacido en la ciudad de Belén, que entre las demás ciudades de Judea era tan pequeña que aun hoy se llama aldea, no quiso que nadie se gloriara de la nobleza de ninguna ciudad de este mundo. Y también se hizo pobre el que es el dueño de todo y por quien todo fue creado, para que ninguno de los que crean en él se atreva a enorgullecerse de las riquezas de aquí abajo. No quiso que los hombres le proclamaran rey, aunque todas las creaturas atestiguan su reino sempiterno, porque así mostraba el camino de la humildad a los desgraciados que la soberbia había separado de su lado. Padeció hambre el que a todos da de comer; sufrió sed el creador de toda bebida y el que es espiritualmente pan para los hambrientos y fuente para los sedientos. Se cansó en los caminos de este mundo el que se hizo a sí mismo camino hacia el cielo para nosotros. Ante quienes lo insultaban, se portó como un sordo y un mudo quien había hecho hablar a los mudos y oír a los sordos; fue encadenado el que rompió las cadenas de las enfermedades; fue flagelado el que libraba a los cuerpos de los hombres

---

paralelo, Juan el Bautista había nacido en el día más largo del año (24 de junio, en el hemisferio norte). Nace cuando los días comienzan a decrecer, significando que lo humano tenía que menguar gradualmente para hacerle sitio a lo divino.

del azote de todos los dolores; fue crucificado el que acabó con todas nuestras cruces; murió el que resucitaba a los muertos. Pero también resucitó para no volver a morir, de modo que, a ejemplo suyo, nadie temiera despreciar la muerte, como si nunca hubiera de vivir para siempre»<sup>88</sup>.

## 8. BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

AYRES, L., “The Christological Context of Augustine’s “De Trinitate” XIII: Toward Relocating Books VIII-XV”, *Augustinian Studies* 29 (1998): 111-139.

BENEDICTO XVI, Audiencia general del miércoles 18 de noviembre de 2009, consultado el 12 de mayo del 2021. [http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2009/documents/hf\\_ben-xvi\\_aud\\_20091118.html](http://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiences/2009/documents/hf_ben-xvi_aud_20091118.html).

BENOÎT XVI, *Dieu se cache sous les traits d'un enfant*. Paris: Éd. Parole et Silence, 2008.

BENOÎT XVI. *L'enfance de Jésus*. Paris: Éd. Flammarion, 2012.

BOTTE, B., *Les origines de la fête de Noël et de l'Épiphanie*. Louvain: Étude historique, 1932.

BOVON, F., *L'Évangile selon saint Luc 1, 1-9, 50*. Genève: Éd. Labor et Fides, 2007.

BROTÓNS TENA, E. J., *Felicidad y Trinidad a la luz del De Trinitate de San Agustín*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2003.

BROWN, R. E., *Lire l'Évangile au temps de l'Avent et de Noël*. Paris: Éd du Cerf, 2008.

DALEY, B. E., “Voz Encarnación”, en *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, dirigido por FITZGERALD, A. D., 462-464. Burgos: Monte Carmelo, 2001.

DEBONO, R., “The Blessed Virgin Mary in the Writings of St. Augustine of Hippo”, en *Non laborat qui amat. A Festschrift in honour of Professor Salvino Caruana O.S.A. on his 70th birthday*, editado por André P.

---

<sup>88</sup> SAN AGUSTÍN, *cat.rud.* 22,40.

- DeBattista, Jonathan Farrugia y Hector Scerri, 69-84. Valleta: Ed. Maltese Augustinian Province, 2020.
- DENZINGER, H., y HÜNERMANN, P, *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*. Barcelona: Herder, 1999.
- DODARO, R., “*Christus Iustus*” and Fear of Death in Augustine’s Dispute with Pelagius: *Signum Pietatis. Festgabe für Cornelius Petrus Mayer OSA zum 60 Geburtstag*, Würzburg: Augustinus Verlag, 1989.
- DROBNER, H. R., “Christmas in Hippo: mystical celebration and catechesis”, *Augustinian Studies* 35/1 (2004): 55-72.
- “El salmo 21 en los ‘Sermones ad Populum’ de San Agustín”, *Scripta Theologica* 32 (2000): 413-432.
- “Navidad en Hipona: celebración mística y catequesis”, *Augustinus* 55 (2010): 31-49.
- “The chronology of Augustine’s ‘Sermones ad populum III’: on Christmas Day”. *Augustinian Studies* 35/1 (2004): 43-53.
- DUNN, G. D., “The functions of Mary in the Christmas homilies of Augustine of Hippo”, *Studia Patristica* 44 (2010): 433-446.
- FERNÁNDEZ, S. T., “San José en los Padres de la Iglesia. Panorama bibliográfico y conclusiones para la elaboración de una teología josefina”, *Teresianum* 23/2 (1972): 436-448, consultado el 12 de mayo del 2021. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5363694>.
- FITZMYER, J. A., *The Gospel according to Luke*. New York: Ed. Yale University Press, 1981.
- GAILLARD, J., “Noël, «memoria» au mystère ?”, *La Maison-Dieu* 59 (1959): 37-49.
- GARCÍA ÁLVAREZ, J., “El misterio de la Navidad en los Sermones de San Agustín”, *Revista Agustiniana* 55/168 (2014): 541-560.
- *Nous avons vu son étoile. Les Mystères de Noël dans la vie et la pensée de saint Augustin*. Le Coudray-Macouard: Saint-Léger Éditions, 2017.
- GEERLINGS, W., “Christus als exemplum (beispielhaftes Vorbild)”, *Augustin Handbuch*, editado por Volker Henning Drecoll, 434-437. Tübingen: Mohr Siebeck, 2007.

- GILSON, É., *Philosophie et Incarnation selon saint Augustin*. Monreal: Ed. Institut d'Etudes Médiévales, 1947.
- HOMBERT, P. M., *La prédication sur le Verbe incarné dans les sermons d'Augustin pour Noël et l'Ascension. Rhétorique et théologie: Ministerium Sermonis (II)*. Tournhout: Brepols, 2012.
- HUDON, G., "Le mystère de Noël dans le temps de l'Église d'après saint Augustin", *La Maison-Dieu* 59 (1959): 60-84.
- JERÓNIMO, San, *Obras completas. VIII. Tratados apologéticos / Contra Joviniano*. Madrid: BAC 2009.
- LAURENTIN, R., *Les Évangiles de l'enfance du Christ. Vérité de Noël au-delà des mythes: exégèse et sémiotique, historicité et théologie*, Paris: Desclée et Desclée de Brouwer, 1982.
- LUSTIGER, J. M., *Petites paroles de la nuit de Noël*, Paris: Fallois, 1992.
- MACPHERSON, D., "The 'spirit of Christmas past': Saint Augustine preaching at Christmas", *The Pastoral Review* 3/6 (2007): 53-58.
- MADRID, T. C., "Mariología", *El pensamiento de San Agustín para el hombre de hoy. Teología dogmática (II)*, OROZ RETA, J., y GALINDO RODRIGO, J. (eds.), 839-898. Valencia: Edicep, 2005.
- MORIONES, F., *Teología de San Agustín*, Madrid: BAC/649, 2004.
- PALMERO RAMOS, R., *"Ecclesia Mater" en San Agustín. Teología de la imagen en los escritos antidonatistas*, Madrid: Cristiandad, 1970.
- PERROT, C., *Les récits de l'enfance de Jésus. Cahiers Évangile*. Paris: Éd. du Cerf, 2004.
- PONS PONS, G., "El solsticio de invierno y la Fiesta de Navidad en los Sermones de San Agustín", *Revista Agustiniana* 49/150 (2008): 915-925.
- "María «estrella en la noche» en un sermón de San Agustín", *Revista Agustiniana* 46 (2005): 521-532.
- PRUDENCIO, A., *Obras completas*. Madrid: BAC 58, 1950.
- RATZINGER, J., *El Espíritu de la liturgia*. Madrid: Cristiandad, 2007.
- RATZINGER, J., *La Grâce de Noël*. Paris: Parole et Silence, 2007.
- REY ALTUNA, L., *¿Qué es lo bello? Introducción a la estética de San Agustín*. Madrid: Instituto Luis Vives de Filosofía, 1945.



- RIVAS GONZÁLEZ, A. F., “La mariología en los Sermones de San Agustín”, *Religión y Cultura* 39 (1993): 409-456.
- ROUILLARD, Ph., “Les sermons de Noël de saint Augustin”, *La vie spirituelle* 101 (1959): 479-492.
- SÁNCHEZ TAPIA, M., “San Agustín. María, *stella in nocte*”, *La ciudad de Dios* 232/3 (2019): 461-503.
- STUDER, B., “Augustin et la foi de Nicé”, *Recherches Augustiniennes* 19 (1984): 133-154.
- “Jésus-Christ, notre justice, selon Saint Augustin”. *Studia Patristica* 17 (1982): 1316-1342.
- *Gratia Christi - Gratia Dei bei Augustinus von Hippo*, Roma: Institutum Patristicum Augustinianum, 1993.
- TURNER, P., “Sharing Divinity: A look at the Christmas collect at the Mass during the Day”, *The Priest Magazine* 75/12 (2019): 40-44.
- VAN NEER, J., and DUPONT, A., “Celebrating the Day of Christ’s Birth: The Rhetorical Structure and Doctrinal Content of Augustine’s Nativity Sermons”. En *Non laborat qui amat. A Festschrift in honour of Professor Salvino Caruana O.S.A. on his 70th birthday*, editado por DEBATTISTA, A. P.; FARRUGIA, J., y SCERRI, H., 105-132. Valletta: Ed. Maltese Augustinian Province, 2020.

P. MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

